

VIDA EN VALOR

Hay sucesos que acaban adquiriendo un valor simbólico. Me ha conmovido la historia del chaval de dieciséis años (inmigrante en un centro de acogida) que ha muerto por salvar a unos compañeros con los que pasaba un día de playa. Paradojas de la vida, el mar finalmente acabó llevándosele. Símbolo de valor, de arrojo, de lucha intensa por la vida. La propia y la ajena. Símbolo de toda esa gente que pone su vida en riesgo, que abandona todos sus apegos por luchar por una vida digna. Gente desesperada, sí, y valiente.

Pero, dándole vueltas a las palabras, no sólo admiro su valor en este sentido, sino también en aquello que traen, que pueden aportar y que es tantas veces desestimado porque son vistos como una masa de desheredados. No, no ejercen el poder de fascinación de otros extranjeros, vitoreados por algo tan banal como saber jugar al fútbol, aureolados por algo que nada tiene de heroico, por más que como héroes sean tratados.

Gente formada, gente con otra visión del mundo, gente que aporta el gran valor de la diversidad, que con sus historias puede ensanchar nuestros puntos de vista, nuestro conocimiento siempre escaso del mundo, más allá de la globalización. Es paradójico cómo nos perdemos la oportunidad de abrirnos a otras experiencias vitales, a otros modos de entender y comprender el mundo, renunciando así a algo tan humano como la curiosidad, esa que nos ha hecho desde siempre salir de nosotros mismos, de lo conocido.

La simplificación en la que vivimos envueltos, hablando tantas veces desde el desconocimiento, desde los prejuicios y los tópicos nos bloquea tener la curiosidad de saber qué piensan, cómo viven, como han concebido el mundo; porque eso somos los humanos, grupos capaces de entender y construir el mundo desde los símbolos, las creencias, los afectos y el conocimiento mutuo lo que nos engrandece.

Al final el delirio acabó y con esta vuelta a la realidad tengo puesta la esperanza de que recobremos la cordura y con ella valores que dejamos aparcados mientras vivíamos compulsivamente centrados en gastar y aparentar. No estaría demás que la oportunidad que nos ofrece esta crisis sea la de volver a ser más humildes y dejar de lado la arrogancia hortera de nuevos ricos que hemos paseado estos años de abundancia engañosa. Y sobre todo que no nos dejemos llevar por la rabia del paraíso material perdido, pensando que los que vinieron con la bonanza son responsables de la quiebra. Ante nuestra incapacidad frente al poder no debemos pensar que son precisamente los más vulnerables los responsables de algún modo de que a muchas familias les falte el trabajo.

Esta situación que estamos viviendo no debe de traducirse en una actitud de desprecio a los que vinieron en época de bonanza y ayudaron con su esfuerzo al crecimiento de este país. No podemos distanciarnos, ni ignorarlos. Y no se trata de sentimientos caritativos, sino de poner la atención el valor más importante de todos, el valor humano, el tratarnos como personas, como iguales.

Es recurrente el invocar a la memoria colectiva cuando nosotros éramos los emigrantes buscando desde la experiencia compartida el sentimiento, el valor, de la solidaridad, pero creo que más allá de esta historia común compartida debemos de ver

a estas personas como otra víctima más de esta loca organización del mundo donde las personas cada vez parece tener menos valor frente a la necesidad de enriquecimiento de unos a los que poco les importa nuestras vidas, las personas sólo son una variable más en sus cuentas de resultados.

Pedro Gabo

Colabora con HUELVA ACOGE